UNAS POESÍAS Y APOTEGMAS INÉDITOS DE MATÍAS PASTOR GARCÍA

Por *Manuel Urbano Pérez Ortega*
Consejero del I.E.G.

A Enrique Toral, su primer estudioso,
mi generoso amigo.

MUCHO polvo de olvido, nieblas en la memoria que dificultan las labores de rescate y búsqueda, más de estudio eficaz y desapasionado reconocimiento, pesan sobre la literatura giennense del XIX. Inaplazables tareas a las que alientan las más bien menguadas aproximaciones hasta ahora efectuadas en contados artículos y más escasas monografías, entre las que destaca «Matías Pastor García, Registrador de la propiedad de Villacarrillo y buen poeta», ensayo que supuso todo un hallazgo desde que su autor, Enrique Toral y Fernández de Peñaranda, lo publicase en el *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses* (1); la misma revista que, veinte años después, se siente engalanada con el número homenaje que a él, auténtico erudito, se le dedica con toda justicia a sus méritos.

En el referido trabajo, amén de ofrecer la más amplia biografía del de Villacarrillo –12 de diciembre de 1856; 20 de mazo de 1923–, presenta Toral veintitrés composiciones distintas (2), advirtiendo que ellas proceden del

---

(1) Número 94, págs. 37-55; Jaén, octubre-diciembre de 1977.

(2) Alfonso Sancho Sáez y María Isabel Sancho Rodríguez, amén de no citar las composiciones dispersas en la más próxima hemerografía, hierran en el cómputo de los poemas conocidos de Pastor cuando afirman –pág. 375 de su «Poesía giennense del siglo XIX». Edit. Diputación Provincial de Jaén; Jaén, 1991– «su obra se ha perdido en gran parte y, de lo que se conserva,

«Florilegio» de Cazabán (3), de la revista que éste dirigiese, *Don Lope de Sosa* (4), o que fueran aparecidas en hojas de almanaque y hasta un total de

---

Total nos proporciona el primer verso de cada composición y el texto de veintitrés poemas». Pero es que el primer verso que ofrece Total resulta ser, precisamente, el correspondiente a los veintitrés poemas que reproduce.

(3) «El olvido», «A mis libros». Total cita de forma resumida el título del libro de Alfredo Cazabán Laguna: «Poetas y Poesías. Florilegio»; Tipografía La Unión, Jaén, 1911; págs. 167 y siguientes.

«El olvido» lo reeditaría el citado Cazabán en *La Regeneración* –núm. 4.006; Jaén, 9 de septiembre de 1924– como homenaje póstumo al poeta.

Tal vez sea conveniente, no obstante lo ampuloso de lenguaje y juicio, reproducir cuanto Cazabán dice del poeta en el referido «Florilegio», en el que no llega a esconder su estima de que el ejercicio del soneto clásico en él, en buena parte, es producto de la constancia y de la cómoda posición económica:

> «Cuando el Marqués de Santillana, opulento señor que cultivaba la literatura para su solaz y deleite, empezó a hacer los primeros sonetos "a lo itálico", parece que dejó en esta clase de combinación métrica, que el renacimiento literario nos traía, el sello característico del prócer, rico y noble por su casa y noble y rico por sus acciones y por sus pensamientos. Sonetos, se escribieron muchos; tantos que ellos sólo forman, como los simétricos bloques macizos de los grandes pilares del templo de la literatura española; pero tiene el soneto en sí, en su factura robusta, en su porte severo, en su continente de magestad, algo que parece pedir el sosiego para la obra y la paz para poner acierto en los detalles primorosos de la ejecución. Es Matías Pastor un orfebre de sonetos que por puro amor a este género de composiciones, escribe uno cada día de su vida. Como Enrique de Arfe llegó a ser artista supremo a fuerza de hacer custodias, él es maestro de poesía a fuerza de hacer sonetos. La vida espléndida de su posición social, las sonrisas de la fortuna, el temperamento no vehemente, formado en un medio de reflexión y de estudio, hácenle trazar esas obras sobre el papel con seguridad y precisión tan justa, que parecen páginas de clásicas poesías que una musa grabó sobre bruñidas piedras de mármol».

Como veremos, muy poco variará sus juicios sobre nuestro poeta con el discurrir de los años.

(4) «A la Universidad de Salamanca», aparecido en el núm. 127, de julio de 1923. Con anterioridad, en el núm. 80, correspondiente al mes de agosto de 1919, reprodujo «Recordando la traslación de los restos de Bernardo López».

No dejaría Cazabán de ocupar alguna que otra página de su revista con cariñosas frases y juicios de generosidad excesiva, como podemos ver, pongamos por caso, en el núm. 21, de septiembre de 1914, en su artículo «Poetas próceres»:

> «Matías Pastor es aquel del severo estilo y de la impecable forma, que esculpe con la pluma sonetos bellísimos y tiene con la arquitectura robusta y elegante de sus combinaciones métricas, donaires de Quevedo, austeridades de Argensola y flexibilidad artística de Manuel del Palacio».

Mucho mayor interés tiene su amplio artículo «Escritores y Artistas: Matías Pastor» –*Don Lope de Sosa*, núm. 106; Jaén, octubre de 1921–, del que reproducimos algunos párrafos, los que nos eximen de la obligada referencia biográfica, a la vez que nos avanzan el juicio que Pastor le mereciera a algunos críticos y poetas de su época:

cinco (5), lo que venía a probar una evidente popularidad de nuestro poeta o, al menos, una fácil aceptación de su hacer por las capas populares; aunque es lástima que Enrique Toral, tan exquisito y fino bibliógrafo, no pudiese conocer qué tipo de calendario imprimió tales poemas, así como cuál fuera el ámbito de su distribución, lo que nos aclararía el recinto de la estima que se le tenía al de Villacarrillo. Concluía Toral Peñaranda su recopilación con trece composiciones que, según advirtiera, le habían sido facilitadas por la familia del poeta (6), aunque dejara de anotar que algunas, como en su momento veremos, habían visto la luz en *Cádiz,* la revista de Patrocinio de Biedma, en esa inmensa y desmesurada antología que son los «Obsequios poéticos a la Virgen de la Capilla», o en el *Heraldo de Madrid.*

No es éste el momento de analizar el por otra parte meritorio, sugerente y sugestivo trabajo de nuestro homenajeado, pionero en tantos temas, aunque sí es de resaltar, junto al valor que supuso para nuestra lírica la aportación de las reseñadas piezas poéticas –insistimos, todo un rescate–, la remoción que las mismas hicieron de su autor como encastillado y exclusivo sonetista, hacer éste que se le venía teniendo por único entre los escasos analistas de nuestra literatura; aunque más que presumiblemente sería el que el propio poeta tendría en mayor estima, si nos atenemos al suelto que diese *El Pueblo Católico,* en su edición de 24 de diciembre de 1899:

«Estudió la segunda enseñanza en las Escuelas Pías de Úbeda, y el Derecho y Filosofía y Letras en Madrid y Salamanca. En la venerable ciudad castellana, abrigo de la Universidad famosa, redactó Matías Pastor –con el acerado cronista Luis Bonafoux y con Fernando Araujo, el que fue después ilustre literato y catedrático– el semanario *El Eco del Tormes,* periódico selectísimo, notable, al que contribuyeron con su colaboración los mejores escritores de España, entre ellos de nuestra provincia, Josefa Sevillano de Toral y José Moreno Castelló. Allí, en aquel semanario salmantino, están contenidas las primicias poéticas de Matías Pastor, que al propio tiempo publicaba composiciones muy bellas en la prensa de Madrid y de otras provincias (...). Matías Pastor, en cuarenta años de estancia en Villacarrillo, aún alejado un poco del cultivo de las letras por los quehaceres de su cargo y por las atenciones de su patrimonio, no ha dejado de cultivar su soneto predilecto; su género único, si él no se enfada con esta nuestra afirmación definitiva, sino lejanos entre sí y escogidos, para ocasión discreta y oportuna. Los demás –cientos, muchos cientos– forman un grueso volumen que Matías Pastor no se atreve a publicar. Fernández Grilo, aquel lírico andaluz, honor de las letras patrias, tuvo siempre para Matías Pastor palabras alentadoras, cuando recibía sus sonetos; Melchor de Palau, el gran poeta y gran crítico, ha dicho, con su severa y justa sobriedad, ante un grupo de esas poesías de Matías Pastor, que hallábalas "correctas y armoniosas, y siempre con un fondo de buen gusto"».

(5) «A mi hija Inés», «Mi gloria», «A una copa de vino», «El deleite» y «La histérica».

(6) «Estar ausente», «Celos», «Mis deseos», «¿Por qué me niegas?», «La dicha», «A la muerte», «A la Virgen de la Capilla», «A la eminente poetisa...», «La mañana», «La noche», «Al Puerto de Santa María», «Lago puro» y «Madre».

> «Matías Pastor, el culto y correcto sonetista, prepara una colección de sus obras; colección que llevará prólogo con firma que tiene crédito gordo en el mercado de las letras patrias. Todas las obras del libro de Pastor, serán composiciones de catorce versos. En el género, Pastor es especialista, y a él tan ducho en esas composiciones difíciles, le espera el triunfo».

Muchos debieron ser los sonetos si, como recoge Cazabán en «Poetas y Poesías», escribía uno diario: «centenares y centenares», como asimismo asegurase. También, de tener por verídico el suelto periodístico, pudo ser esta compilación su última intentona para dejar la poesía inédita y volver a la acción literaria pública –avala este juicio el hecho de que por aquellos años, 1895-96, renovaba sus colaboraciones en la prensa, incluso en la de ámbito nacional, como lo era el *Heraldo de Madrid*–, prácticamente abandonada a raíz de su matrimonio y nombramiento de registrador de la Propiedad de Villacarrillo, en 1883, y ello que, de seguir al documentadísimo José María de Cossío (7), en el año anterior, 1882, colaboró en verso dentro de la gaditana y prestigiosa *La Moda Elegante*.

Lejos de nuestro ánimo el intento de realizar una mínima recopilación bibliohemerográfica del jurista poeta, al que advertimos, como antes dijésemos, colaborando en *Cádiz* con un poema de más que significativo título: «A la eminente poetisa, Directora de Cádiz» (8), al que seguirá «Mis deseos», fechado en Villacarrillo en 1878 (9); así como en los «Obsequios poéticos a la Virgen de la Capilla», del año anterior, 1877, con su «A la Virgen de la Capilla» (10); en la Corona Poética de María del Carmen Espejo (11); como, de nuevo y por última vez, en los «Obsequios poéticos» de

---

(7) Sólo le nombra en el índice de «Cincuenta años de poesía española, 1850-1900» –Edit. Espasa Calpe; Madrid, 1960–, afirmando que el año anterior, 1882, colaboró en verso dentro de «La Moda Elegante».

(8) Año I, núm. 21, pág. 23; Cádiz, 30 de noviembre de 1877.

(9) Dado en el núm. 17, año II, pág. 133; Cádiz, 20 de octubre de 1878. Al respecto ver CONTRERAS GILA, Salvador: «Escritores giennenses en "Cádiz"», en *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, núm. 150, pág. 258; Jaén, octubre-diciembre de 1953.

(10) En «A la Virgen de la Capilla, obsequio poético. Dedícaselo su Corte de Jaén»; Edit. Tip. de Saturnino López y Jiménez; Jaén, 1877. No lo reproducimos, remitiendo al lector interesado a la citada obra de Sancho Sáez y Sancho Rodríguez, quienes sí lo recogen. Colaboran, igualmente, en el citado «Obsequio»: Josefa Sevillano de Toral, José Moreno Castelló, Antonio García Negrete, Montero Moya, J. Caballero, R. N. y J. M. y Jesús María Jauret.

(11) «Corona poética a la memoria de la señorita D.ª María del Carmen Espejo y García. Falleció el 20 de abril de 1882 –a los 14 años de edad»; Impta. de los Sres. de Rubio; Jaén, 1882. Colaboraron en ella: Patrocinio de Biedma, José Moreno Castelló, J. Salvador de Salvador, Teodomiro Ramírez de Arellano, José Jurado de la Parra, Palma y Camacho, Calixto Ballesteros,

ese mismo año de 1882 (12). Por último, encontramos su firma en el linarense *Eco Minero* y repetida en *Jaén* a lo largo de 1883, comenzando estas colaboraciones con su soneto «La cantora de Lesbos» (13), al que seguirán «Soneto» (14), «Rimas» (15), «Imitación a Bécker» (16) –título que, con plena seguridad es errata– y, por último, el soneto «Contestación a una carta de la distinguida poetisa Carolina de Soto y Corro en contestación a su carta pidiéndome mis notas biográficas para su obra de poetas andaluces contemporáneos» (17), un bello ejemplar que se nos viene, a más de un siglo de distancia, con la grandeza del canto del cisne que declina en plena juventud y el que, ante todo, es una bien cincelada pieza del hacer sonetil de nuestro autor.

En conclusión, y si hacemos recuento, hasta esa fecha y teniendo en cuenta la más que estimable colaboración de Toral, que venía a sacar del olvido a un poeta correcto nada desdeñable, sólo se ofrecían al conocimiento del estudioso una treintena de poemas, algunos de los cuales estaban desperdigados, cuando no totalmente perdidos, en la jungla de las hemerotecas. Jamás los he visto citados.

Hace años me indicó el siempre añorado Manuel Caballero Venzalá la existencia de un manuscrito con obras de nuestro poeta en manos de alguno de sus familiares residente en Villacarrillo. Realizadas las oportunas gestiones ante el entonces alcalde de la Villa, José Carlos Herreros, me facilitó

---

ros, López y Paqué, Diego de la Moneda, Montero Moya, Garrido Latorre, Almendros Aguilar, Enrique Martínez Ibáñez, Rafael Ramírez de Mellano, Angel Alcalá y Menezo, Jesús M.ª Jauret y Alcázar, A. José Villar, Madrid Ruiz, José Torrellas y Naval, Albino R. Madrago, Antonio Joyanes Meneses y Juan de Dios Mora.

(12) «A la Virgen de la Capilla. Obsequio poético. Dedícaselo su Corte de Jaén»; Impta. de José Francés; Jaén, 1882. Junto al de Villacarrillo, componen el número Montero Moya, Antonio Almendros Aguilar, José Almendros Camps y José Moreno Castelló.

(13) En *Jaén*, núm. 8; Jaén, 24 de enero de 1883, y en *Eco Minero;* Linares, 24 de enero de 1883.

(14) Núm. 9; Jaén, 1.º de septiembre de 1883.

(15) Núm. 10; Jaén, 8 de febrero de 1883,

(16) Núm. 18; Jaén, 8 de abril de 1883.

(17) Núm. 19; Jaén, 16 de abril de 1883. Resulta más que curioso comprobar cómo esta intentona de una poética meridional ha pasado desapercibida para los estudiosos de la literatura regionalista.

Poco sabemos de esta autora a la que otro poeta, Fernando de Gabriel, le dedicara precisamente en este año otros versos. ¿Es gratitud de su pretendida inclusión en la fallida antología andaluza? Publicó en Madrid dos libros: *Álbum de boda*, 1888, y *Odas, poemas y leyendas*, 1909.

102

Soneto

A la distinguida poetisa Carolina de Sotto Correo en contestación á su carta pidiéndole sus notas biográficas para su obra de "Poetas andaluces contemporáneos"

—

No dé, tregua á tu mano, digna amazona
Dando forma a tu altivo pensamiento:
¡Empresa tan grande!... que de intento
Otra de laurel ya te tiene dispuesta.
Más por tu inclinación, para mi desdoro
Quiero decirte en gárrulo concento
Lo que hasta ahí no llevo fingimiento

103

De mi alma para ti nunca engañosa
De tu pluma serán esos favores,
Pues gloria que nunca han merecido
Mis humildes y rústicos trovos.
Déjame aquí morir como he vivido:
Cual del campo los pájaros cantores,
Aunque yo sea silbado nunca aplaudido.

fotocopia de cincuenta y dos cuartillas manuscritas por ambas caras y precedidas de otra intitulada «Ensayo poético de Don Matías Pastor. / Primera Parte». A éstas, numeradas hasta la 103, seguía un pequeño bloque rotulado «Pensamientos», que comienza en la página 240 y concluye en la 247.

Dos tipos de letra se plasmarán en el manuscrito; uno, presenta todas las trazas de haber sido obra de mano de copista –desde luego y a pesar de su buena caligrafía, poco versado en ortografía–, la que, parece ser, recoge mimosamente la producción de Pastor. El otro, del que reproducimos dos poemas, bien pudiera venir de la pluma del propio escritor, quien sólo la posará para esas dos composiciones y corregir otras tantas. De todos modos, y es lo que fundamentalmente nos interesa reseñar, nos encontramos ante un manuscrito distinto del que el poeta preparara según la noticia que ya ofreciéramos de *El Pueblo Católico* y *Don Lope de Sosa,* puesto que alberga los más diversos tipos de composiciones. Asimismo, desconocemos si este manuscrito al que hemos tenido acceso es el mismo que tuviera a la vista Caballero Venzalá y, en su caso, íntegramente, puesto que el nuestro, como ya dijésemos, muestra un vacío de, al menos, ciento treinta y seis páginas.

Centrándonos en el hacer poético que contienen las tan citadas cuartillas, albergan: «En la tumba de mi madre», «Serenata», «Soneto a mi amigo el Distinguido Poeta Don José Doncel y Ordaz» (18), «La mañana», «Balada», «Estar ausente», «A la eminente poetisa directora de Cádiz, en sus días», «Celos», «Soneto para la primera página del álbum de la Señorita Doña Joaquina Gutiérrez», «A una niña en sus días», «Soneto a la Virgen de la Capilla», «En un álbum», «Mis deseos», «En un álbum», «A», «Una flor marchita», «La noche, soneto», «Al Puerto de Santa María, soneto», «A una distinguida artista», «A las auras», «A tí», «Aventura conocida después de ver tu retrato», «A mi distinguido amigo y poeta D. T. Rodríguez de la Torre» (19), «Lejos», «Canción», «Soneto; Me gusta ver la luna...», «Soneto: Por qué me niegas», «A mi amiga Elisa», «Bien Venida A...», «Envidia. A la señorita A...», «Ante la Virgen del amor hermoso», «A un ramo de pensa-

(18) Sacerdote y poeta salmantino –1822, 1877–, más conocido por sus fábulas, más políticas que filosóficas, más satíricas que morales, a las que, ideológicamente hay que situar en el otro polo de «El grito del combate», de Núñez de Arce, por cuanto hace a la revolución del sesenta y ocho.

(19) Poco conocemos de este poeta, de nombre Teodoro, quien publicara un volumen, *Poesías,* en Salamanca en 1876. No obstante lo dicho, no escasean sus colaboraciones en los periódicos de la provincia, caso del linarense *Eco Minero,* las que obtendría, presumiblemente, por mediación de nuestro poeta; a modo de ejemplo reseñemos «Post Nubila Phebus» –28 de junio de 1884– y «Epigrama» –13 de julio de 1884.

mientos», «Imitación a Bécquer» –luego, aunque sin título para los sesenta y cuatro versos octosílabos que contiene y a modo de encabezamiento, hace constar. «Incluyo entre las mías la siguiente poesía, de uno de mis más predilectos amigos», texto anónimo y de estimable factura, al que seguirá «Adiós. A mi querido amigo Don Matías Pastor», un endeble romancillo de treinta y dos versos e igualmente anónimo–, «Rima» y «Soneto. A la distinguida poetisa Carolina de Soto»; los dos últimos poemas en letra que tenemos como propia del autor.

Por tanto, aparte de los «Pensamientos», encontramos en el cuaderno treinta y siete poemas –dos de ellos de pluma ajena– y, lo que me parece de mayor interés, veinticuatro son totalmente inéditos o, al menos, no los hemos visto publicados, por lo que los damos a la luz en este trabajo y remitimos a las papeletas anotadas a los restantes (20).

Mas antes de proceder a la propuesta edición, séannos permitidas algunas consideraciones que estimamos precisas, aparte de las que hemos efectuado en nota a pie de página.

En primer lugar, hemos de poner de relieve nuestra impresión de que estamos ante los primeros poemas de Matías Pastor, los que debió comenzar a escribir, poco más o menos, en sus tiempos de estudiante salmanticense, y concluyen con sus entregas en *Jaén* del 1883, fecha clave en la biografía del autor por las razones ya dadas.

La señorita «A» es, sin lugar a dudas, su prometida, Antonia Orozco y Mármol, y con la que contraería matrimonio años después. Igualmente, los romances ajenos que incluye hablan claramente del regreso del poeta a la tierra de nacencia e, incluso, de su reencuentro con la amada, por lo que nada de extraño tendría que estas composiciones fueran en su gran mayoría anteriores al mes de junio de 1879, fecha en la que nuestro hombre finaliza los estudios de la licenciatura de Derecho, afincándose definitivamente en Villacarrillo al año siguiente.

---

(20) Remitimos al lector interesado a la biblioteca del Instituto de Estudios Giennenses, la que atesora entre sus fondos todas las publicaciones de las que hemos dado noticia. Finalmente, pedimos disculpas por esta forma tan heterodoxa de efectuar la selección de los poemas de nuestro autor, la que, sin lugar a duas, nada le beneficia a la hora de un ponderado juicio crítico global, ya que no estudiamos muy buenos textos perdidos en la jungla de las hemerotecas y de los que hasta ahora se carecía de noticia. Quede, por tanto, pendiente un trabajo más extenso sobre el poeta en su conjunto, y centrémonos ahora en dar a la luz a los que tenemos por inéditos o totalmente desconocidos.

Por la calidad de los textos –el primero, «A la tumba de mi madre», frisa en lo pueril– y el orden que éstos ocupan en el manuscrito, una vez que los comparamos con la bibliografía conocida, podemos asegurar sin mayor riesgo que nos encontramos ante una recopilación cronológica de la presumible totalidad de la producción poética que escribiese hasta la fecha (21). Caso de ser cierto esto, llegamos a la conclusión de que, salvo los contadísimos poemas que tenemos por de juvenil intimismo, nuestro hombre se inicia en la práctica, y poco más o menos, dándose a conocer públicamente de manos de Patrocinio de Biedma en las páginas que ésta le ofreciese en «Cádiz» y cuando ya nuestro autor cuenta veintiún años de edad; así lo ratifica el que le dedicara, y que ocupa el sexto lugar en la recopilación que atrae nuestra atención, y la editada correspondencia que con ella mantuviese. Pero hay más; abarca una redonda veintena el número de poemas que escribe Pastor García entre ese año y 1882, por lo que hay que tener a su producción del período más fértil y de entrega a las prensas como mínima. Tampoco, y frente a lo que aseguraba Alfredo Cazabán, tan dado a la hipérbole, debió ser excesiva la realizada entre nuestra fecha angular de 1883 y la de su fallecimiento –20 de julio de 1923 (22)–, puesto que la misma entraría en poco más de ciento treinta cuartillas –como mucho, unos setenta poe-

(21) Sólo notamos la falta de la segunda de las composiciones que dedicara a la Virgen de la Capilla dentro de los «Obsequios poéticos», la colaboración en la corona de la señorita Espejo –ambas de 1882– y «La cantora de Lesbos», aparecida en dos periódicos el año siguiente y último del que nos ocupamos.

(22) Reproducimos el artículo necrológico, «D. Matías Pastor», aparecido en el número del día 21 de julio de 1923 en «La Regeneración». Aunque figura sin firma, es clara la autoría de Cazabán. Queden algunos de los párrafos más sobresalientes:

> «En la mañan de ayer dejó de existir en Villacarrillo, el respetable letrado y cultísimo escritor, nuestro particular amigo don Matías Pastor, Registrador de la Propiedad de aquel partido (...) Militando en política distinta de la que el señor Pastor militó, fuimos siempre en la esfera particular y en el compañerismo de las letras, sinceros amigos suyos y cultivamos su trato mereciendo muchas veces que sus trabajos literarios honraran las columnas de "La Regeneración".
>
> El finado había nacido en Villacarrillo en 1856, estudiando Derecho y Filosofía y Letras, en Madrid y en Salamanca.
>
> En ambas poblaciones se consagró en su juventud al periodismo activo y fueron compañeros suyos muchos escritores de verdadera fama en España, como Bonafoux, Lustonó, Araujo y otros que en aquella prensa entusiasta y batalladora colaboraron con Pastor en diarios y revistas.
>
> En el año 1883 hizo las oposiciones a Registrador de la Propiedad, ocupando muy poco después el de Villacarrillo, donde ha vivido ya siempre, consagrado a sus trabajos profesionales y no olvidando nunca su afición y su entusiasmo por las letras, principalmente por la poesía, en la que se distinguió como uno de los más famosos y reputados

mas– si, como venimos estimando, el original de nuestro manuscrito incluye su obra total. De todos modos, y es a lo que vamos, con la ya obra publicada que conocemos y la que se ofrece ahora en este artículo, puede darse por culminada la etapa inicial del poeta, la que cerramos cuando cuenta veintiséis años de edad: en total, cinco años. De cuanto escribiera en los cuarenta siguientes, sólo nos ha sido dado a conocer los dos textos reseñados que antologara Cazabán –«El olvido» y «A mis libros»– y el soneto, también citado, «A la Universidad de Salamanca», que diera en *Don Lope de Sosa*; a éstos hay que sumar, por estar fechados en Villacarrillo y noviembre de 1890, «A la muerte» y «A mi hija Inés, colegiala carmelita», que data en Jaén el día 17 de octubre de 1895, ciudad y año en los que, por igual, registra «La dicha». A los poemas hasta ahora anotados es preciso agregar y tener, en pura consecuencia con nuestro razonamiento, como pertenecientes a la segunda etapa del escritor los sonetos no fechados «Mi gloria» y «A una copa de vino» –los que, respectivamente, fueron publicados en *El Heraldo de Madrid* el 31 de julio de 1895 y 17 de agosto de 1896–, «El deleite», «La histérica», «Recordando la traslación de los restos de Bernardo López», así como los dos sin título que, junto a éstos, publicara Toral en su meritorio artículo y a los que resulta obligado añadir otros dos sonetos: «La luz nunca» –«Indagó el alma por la luz inquieta...»– y «El humo de un cigarro» –«Envidio lo que asciende y lo que vuela...»–, que publicara, en 1896, en *El Heraldo de Madrid*, respectivamente, los días 21 de abril y 20 de agosto; así como el intitulado «Al autor de un libro» –«Si los dolores tuyos o sociales...»–, de acre ironía y que fecha en su pueblo y en el año 1921, si bien lo hemos visto en edición póstuma en «La Regeneración» –núm. 3.854; Jaén, 26 de julio de 1923– y como única muestra de la que Cazabán calificara de amplia colaboración. En total, trece composiciones, las que, si bien son más que suficientes como botones de muestra, indican a la vez el gran vacío de la obra hasta ahora perdida; toda una llanura que reclama su justo arbolado.

---

autores del soneto, género literario que producía con tanta inspiración y en forma tan bella como los de nuestros clásicos.

Sus aludidos quehaceres de bufete y su cargo oficial, le restaban tiempo para dedicarse a la labor literaria (...) Melchor de Palau, Fernández Grilo, Manuel del Palacio y otros eminentes sonetistas españoles, consideráronlo siempre como su compañero queridísimo e hicieron elogio de sus poesías, distinguiéndolo en todo instante con su admiración y con su afecto (...).

El señor Pastor estaba casado con la aristocrática y virtuosa señora doña Antonia Orozco, y sos sus hijos Don Miguel, diputado a Cortes por Villacarrillo; don Gerardo, alcalde de aquella población; doña Inés, casada con el Juez de Instrucción de Jaén, señor Díaz Plá; don Matías, don Andrés y doña Andrea».

pero que, como presupongo, no ofrecerá frutos mucho más sazonados que los ya conocidos.

Una vez que, como creemos, ha quedado ordenada la producción poética de M. Pastor y distribuida en dos etapas, fácil es advertir en la primera, de la que nos ocupamos mayoritariamente, que está inundada de poemas ocasionales, cuando no encomendados y de circunstancias, en los que aparece una veta melancólica, pretendidamente filosófica –con la excepción de una humorada sugerente–, por la que rebrinca con toda evidencia el magisterio de los grandes del romanticismo. Pero queden sin mayor dilación los textos que desde largo venimos anunciando como pertenecientes al tan citado manuscrito, aunque no reproducimos aquellos que ya fueran publicados y de los que hemos dejado su correspondiente papeleta bibliográfica:

En la tumba de mi Madre

Esta es la tumba querida
Que da a mis ojos el llanto,
Este es ¡ay! el lugar santo
Donde se cierne mi vida.
Dejad que llore un momento,
Que aunque al mundo no le cuadre
Es virtud llorar la madre
Que mora en este aposento.
Abre tus ojos y fijos
Mira al hijo que te llama,
Y oye la voz que a ti clama
En sus afanes prolijos.
Anima tu faz hermosa,
Déte aliento mi querer
Y verás en mi placer
Probar la suerte gustosa.
Torna una vez al vivir
Y unidos en fuertes lazos
Después de tiernos abrazos
Volveremos a morir;
¿Qué me importa a mí la tierra
Sin tu cuidado y caricias,
Si en tu amor y en sus delicias
Pesares para mí encierra?

¿Qué ese cielo que fulgura
lleno de hermosas estrellas,
Si cuando me miro en ellas
Se nublan con mi tristura?
¿Qué del sol la roja lumbre
Sin el riel de tus ojos?
¡Ay, madre! ¡Todo da enojos
En mi triste pesadumbre!
Vine a profanar tu losa
Con acentos de mi lira,
Y es que doliente suspira
Por su dicha más preciosa.
Tintas por olas de llanto
Te dejo, madre, mis flores,
Por la pena sin colores,
Marchitas por mi quebranto.
Mírame tú desde el Cielo,
Y guía mi pensamiento
Hasta que llegue el momento
Que se realice mi anhelo.
Y en la tregua de la vida
En mar de penas flotando
Viviré siempre llorando
El bien y dicha perdida.

Serenata

Eres flor
La más hermosa
Que perfumas
El pensil.
Tus hechizos
Enamoran
A mi pecho
Juvenil.

Por eso vengo a tus rejas
Dulces penas a cantar;
Penas dulces que yo adoro
Porque son hijas de amor.

No desoigas mis endechas
Porque hidrópicos los ojos
Quieren niña contemplarte,
Y extasiarse el trovador.

Levántate
Rosa pura
De tu lecho
Virginal.
Que la luna
Nos cobija
Con su manto
Celestial.

Y alumbrados por tus rayos
Yo mis cuitas te diré:
Que te adoro; que no verte
Es mi eterno padecer.
Y esos tus labios de grana
Quiero verlos sonreír,
Y que amantes me prodiguen
De cariño frases mil.

Que es mi vida
Mi ventura,
Mi placer
Sólo tu amor
Y sin él
No podría
Resistir
Más dolor.

Así, niña encantadora,
Dame un rayo de esperanza
Y que crucen nuestras almas
Los espacios sin pesar.
Que la luna candorosa
Ya a Occidente se encamina
Y tus gracias peregrinas
A otro mundo va a cantar.

Ya la aurora
Precursora
Del sol bella
Su destello
Enviará.
Quizá el día,
Vida mía,
Envidioso
De tus gracias
Y primores
Para hornato
De sus flores
Tus colores
Robará.

Soneto

A mi amigo el Distinguido Poeta
D. D. Doncel y Ordaz

La joya que engrandece más al hombre
Es el claro fulgir de su talento;
Esa estela de luz, el pensamiento,
Con gloria escribe su inmortal renombre
Las grandezas del mundo... ¡No te asombre!
Las que el azar levanta en un momento.
Sólo son humo como el sutil viento
Que con arrullo murmuró su nombre.
El genio, que es un hálito divino,
Y hermoso rayo de la excelsa gloria...
Sobre el hombre se eleva en su destino.
El cruza por la vida transitoria
Cual del cielo reflejo diamantino
Para llenar de luz la humana historia.

Balada

El amor, la esperanza apetecida,
Sueños tan sólo son que el alma crea...!
Padecer y llorar... ¡esta es la vida...!

¿Por qué alegres no miran tus ojos?
¿Quién su cielo brillante nubló?
¿Quién el fuego secó de sus rayos,
Y su hermoso fulgor les quitó?
Hondos surcos las penas trazaron
En tu faz, y tus vivos colores
Le mancharon; dejando en cadenas
Tu alma pura, anegada en dolores.
¿Dime, niña amada, qué pena te aqueja?
¿Qué dolor es ese que te hace sufrir?
La causa me cuenta de tus hondos males
Quizá mi cariño los pueda extinguir.
Tranquila mi vida pasaba dichosa,
Sin penas, dolores, vigilias, ni amor;
La vista de un hombre turbóme el sentido,
Y este hombre me trajo consigo el dolor.
Me dijo palabras de amor y dulzura,
Llamóme su Filis, su bien y su vida;
Citóme por Reina del valle y las flores,
Y encanto del alma, paloma querida.
Ligeras las horas pasaba contenta,
El alma extasiada gozosa en su unión;
Oyendo decirme palabras tan tiernas,
Y oyendo pintarme su ciega ilusión.
Mas luego los días pasaron sin verle,
Ingrato olvidóme por otra el infiel.
No tengo esperanza ni tengo consuelo
Por eso yo lloro, yo lloro por él.
En vano mis penas podrán ya calmar:
Las penas crueles que nacen de amar
No tienen alivio ni tienen remedio,
Invaden el alma, no pueden cesar.

Soneto: para la primera página del álbum de la Señorita Doña Joaquina Gutiérrez

Aérea, bella, celeste, misteriosa,
Mas viva que la estrella diamantina,
Más pura que la flor que en la colina
Levanta su corola más hermosa;

Más humilde, más tierna, más graciosa,
Que la rosa más bella y purpurina;
Más ideal que la flotante ondina
Que se duerme en el agua rumorosa...
Eres ángel hermoso de consuelo,
Que entre auroras de nítidos colores
Se asoma al mundo desde el alto cielo.
Eres la reina de las gayas flores,
La dulce imagen de soñado anhelo...
Divina inspiración de estos rumores.

A una niña en sus días

Las auras que hoy besen puras
Tu pura y casta frente,
Llevarán dichas rientes
A tu bello corazón.
Y en sus más tiernos arrullos
Mezclada con tu sonrisa,
Irá a modular la brisa,
Inimitable canción.
Y el mar también este día
Contento, en sus mansas olas,
Entonará barcarolas
Por tu dicha y tu placer.
Y es que el mar, la aurora, el viento,
Cuanto anima lo creado,
Hoy parece concertado
Para labrarte un edén.
Y yo cifro mis deseos
En que un cielo de ventura
Cobije la imagen pura
De tu inocencia y candor;
Y que los años cruzando
Por la historia de la vida,
Te lleven siempre dormida
En los brazos del amor.

En un álbum

¡Qué triste sin fe es vivir!
Es verlo todo sombrío;

Es vivir con ese frío,
que se siente ya al morir.
Es vida sin luz ni amores;
Caminar sin esperanza;
Mirar sólo en lontananza
Luto, pesar y dolores.
Que cuando la fe se agota,
O en el corazón ha muerto,
La vida es campo desierto
Donde ni una flor ya brota.
¡Hermosa y dulce ilusión,
Que sin ella, nunca encalma,
Están el mar del alma
Las olas del corazón...!
Tú, pura flor, azucena
Por cuya divina frente
Aún no ha cruzado inclemente
La duda vil que envenena,
Nunca la fe veas perdida,
Que cuando la duda asoma
El alma pierde el aroma,
Que es la esencia de la vida.

En un Álbum

Tristes son los acentos de mi lira,
Pobre mi inspiración,
Sólo exhala dolores si suspira
Y ayes del corazón.
Por eso, entre recuerdos y dolores
Sólo te dejaré
Una lágrima amarga entre las flores
Que en tu álbum hallé.

A.

Es gusto ver la aurora,
Que llena de reflejos
Levanta allá... a lo lejos
Su frente de zafir.
Pero es mucho más grato

Mirarte sin enojos
Lanzando de tus ojos
La llama del vivir.
Es grato, niña mía,
A el alma enamorada
La música acordada
De amante y ruiseñor;
Pero es mucho más dulce,
Más tierna, más hermosa,
Tu voz, que melodiosa
Repite nuestro amor.
Es grato ver la viola,
Que envidia de las flores,
Oculta sus primores
En medio del pensil;
Pero es mucho más grato
Mirarte en tu aposento,
Cual flor del sentimiento.
Llena de encantos mil,
Que tú eres de la aurora
Un rayo diamantino,
Y tú tienes el trino
Del dulce ruiseñor.
Y eres la tierna viola,
Que das perfume al alma,
Y eres la hermosa palma
Del pobre trovador.

Una flor marchita

Símbolo de mi querer,
Ofrenda pura de amor,
Ungida y mística flor,
Tú representas el ser
De quien me infunde dolor.
De tu corola aún aspiro
Un hálito perfumado,
Ambar mágico exhalado,
Por amoroso suspiro
De aquel ángel adorado.

En tus pétalos rojizos
Ya sin colores ni vida,
Palpitante, en ti perdida
La imagen de sus hechizos,
Ve mi mente suspendida.
Tú enajenas mi razón,
Porque en ti vive una idea
Y un recuerdo que en mí crea
Tortura en el corazón,
Llanto, que el placer no orea,
Nunca pude imaginar,
Ya mustia y gélida rosa,
¡Aunque te vi tan hermosa!
¡Qué más pudieras durar
Que el amor de aquella diosa...!
Pero el amor es la flor
que más pronto se marchita
En esta tierra maldita
Donde no existe el primor
De una pasión tan bendita.
Por eso un ángel de gloria
En mis ensueños decía:
Las horas de la alegría
Son de vida transitoria.
No te llene de aflición
Ver una flor marchitarse:
¡Verá tantas deshojarse
Ay!... tu pobre corazón!
Porque esa flor que en tu anhelo
Triste buscas en la tierra,
Tan pura sólo se encierra
Tras los pórticos del cielo.
Que en esa Nínive impura
Sólo se crecen a porfía
Las flores de la falsía
Vertiendo hiel y amargura.
Ama la fe, la esperanza;
Ámalas, serás dichoso;
Y en ese mundo engañoso

Mira otro aquí de bonanza.
Jerusalén del amor,
Donde todos los soñados
Son ante Dios realizados
En este mundo mejor.
Donde mil flores de azahar
Coronan la hermosa frente
Del que fiel y persistente
Hasta aquí logró llegar.
Porque ese amor que en tu anhelo
Triste buscas en la tierra,
Tan puro sólo se encierra
Tras los pórticos del cielo.

A una distinguida Artista
Soneto

Ya muerta te creí; en ansias por hallarte
El alma con delirio te buscaba,
Que el corazón muy triste te lloraba
Como la flor pérdida para el arte.
Hoy recuerdo un bien al encontrarte,
Cuando tu voz hermosa declamaba
Los versos que tu gracia me inspiraba
Después siempre de verte y admirarte.
¡Cuánto tiempo ha pasado por mi pena
Sin que oiga de tu voz la melodía
Ni verte tan sublime por la escena...!
Tú que colmas mi dicha y alegría.
Si quieres de placer ver mi alma llena
No me olvides jamás amiga mía.

A las auras

Raudas, llegad hasta el suelo
De mi hermosa Andalucía,
Y contadle al alma mía,
Cual es mi pena y mi anhelo.
Puros, dejad en su frente
Mil besos de mis amores,
Y en vuestros dulces rumores

Decidle mi amor ardiente.
Y del azahar perfumados
Y entre el ámbar de su aliento
Además del pensamiento
Traed recuerdos amados.
Que en esta tierra lejana
Donde vivo en la tristura
Sólo el recuerdo es ventura
De aquella patria galana.

A ti

Si acentos melodiosos
Llegan a tus oídos,
Son, niña, los latidos
De amante corazón.
¿Qué valen los cantares
Que brotan de una lira
Si amor no los inspira
Y forma su ilusión?
Por él el cielo hermoso
Se viste con estrellas,
Por él vivas y bellas
Tienen su rosicler.
Por él fulgura el cielo
Radiante de alegría,
Por él es la armonía
Del mundo y su poder.
Por él la flor titila,
Por él el áurea pura
Modula la ventura
Del mundo en su rodar.
Por él canta Romeo,
Por él vive Julieta,
Por él nace el poeta,
Por él sabe cantar.
Si alguna vez el hombre
De amor llora cautivo
Su pena es lenitivo
Que alivia su vivir.

Que son las penas dulces
Si el alma considera
Que, tras la pena artera,
Brilla su porvenir.
Por eso, niña mía,
La lira de tu amante
Será siempre constante
Y a ti ella alabará.
Que penas y gemidos,
Dolores y tristuras,
Serán dulces venturas
Que siempre cantará.

Aventura conocida después de ver su retrato

Divina, encantadora, te pintaron
Cual modelo escogido por el arte;
Pero jamás pudieron al pintarte
Copiar de ti las gracias que encontraron.
El corazón, la mente te admiraron
Y el alma en su cristal quiso guardarte;
Mas yo luego feliz al contemplarte,
Mil hechizos miré que te robaron.
¡Ah! ¡no sirven las artes mundanas
Para copiar del cielo una aventura
De atractivos y encantos ideales!
Cuando admirar yo quiera tu hermosura,
Transportado en mis sueños celestiales,
En el alma veré tu imagen pura.

A mi distinguido amigo y poeta D. T. Rodríguez de la Torre

El alma triste, de dolor muy llena
Recuerda de mi lado tu partida;
Tu voz me repitió: «Nunca se olvida
La amistad cuando fue constante y buena».
¿No será tu amistad cual la azucena
Que a pesar de ser pura, es corta vida
La que goza del tallo desprendida,

Cuando se lleva de su raíz ajena?
Yo, que adoro al amigo con dulzura,
Cual del alma benéfico consuelo,
¡No me prives jamás de mi ventura,
Que ese lazo de amor, que es de este suelo
La dicha para el alma más segura
Debe unidos llevarnos hasta el cielo!

Lejos...!

Ya no veré las auroras
Venir a besar tu frente,
Ni veré el sol refulgente
Que con tus rayos coloras.
Muy lejos... bajo otro cielo
De otro azul sin alegría,
Solitaria el alma mía,
Llorará su triste duelo.
Miraré al cielo apenado
De negras nubes teñido
Y por mi amor afligido
Viviré en llanto anegado.
Que este cielo y estas flores
De la bella Andalucía
Se quedan con mi alegría,
Que en ella están mis amores.
La reina de mis caricias,
La Virgen de mis ensueños;
El ídolo de mis sueños
Y el mundo de mis delicias.
El ángel de la ilusión
Que vive, puro, en mi mente;
Tú, ese sol resplandeciente
Que alumbras al corazón.
Mañana... lejos de ti,
Entre sus revueltos giros
Te traerá el alma suspiros
Hablando tristes de mí.
Yo te veré en los encajes
Que forma al nacer la aurora

Y del sol que te enamora
Entre sus bellos celajes.
En la luz que apenas arde
Del sol cuando ya se inclina
Y su reflejo declina
Al morir triste la tarde.
De la luna a sus reflejos
Más tierna y más amorosa,
Más ideal, más hermosa...
Porque te mira de lejos.
Y en las auras que vagando
De tu voz oiré el acento,
Cual armonioso concierto
Que en el cielo está sonando.
Que doquier el alma gira
Desde el cielo hasta la flor,
Palpitante allí de amor
Siempre encantada te mira.

Canción

Amemos, amemos, que amar es la vida.
¿Qué importa que el alma nos hiera el amor?
¿De amor son las penas, los dulces placeres;
Amor brinda el alma, la dicha el dolor.
Nos brinda placeres sin un (sic) de delicias;
Nos hace con celos del pecho un volcán;
Sus vírgenes puras nos colman de besos
Y en ellos la vida o la muerte nos dan.
Por ellas la vida gustamos dichosos;
Por ellas la muerte arrostramos con fe;
Por ellas la vida es escala preciosa
Que al cielo conduce, do dicha se ve.
Quien no ama en el mundo no tiene pesares,
Pesares tan dulces que es gozo el pesar;
Pesares del ángel que vive en el cielo;
Pesares del hombre que muere de amar.
Alegres cantando crucemos la vida;
«En risa troquemos el llanto cruel»;
Ornemos el alma de mágicas flores

Y el pecho desierto se torne en vergel.
Amor canta el ave que surca el vacío,
Amor el aroma que exhala la flor,
El cielo es el carmen de eterna bonanza
Do brotan las flores que siembra el amor.
Amor es lo bello, la hermosa poesía;
Amor es el fuego, la brisa, la luz;
De amor son los héroes que ensalzan la patria;
De amor puro y santo nació la virtud.
Alzad vuestras frentes, cantores del mundo;
Romped vuestras tumbas, los héroes de amor;
Y en ellos mirando pulsad vuestra lira;
Y allá en vuestras almas se inspire el cantor.
Amemos, amemos, que amar es la vida;
Amemos, amemos, que amar es vivir;
Amantes, busquemos la tumba en la tierra,
Que el alma en el cielo tendrá que existir.
Cantemos, cantemos eternos amores;
La dicha en el alma reemplace al dolor,
Que no hay goce santo si el alma no adora.
¡Bendita esa dicha... Bendito el amor!

Soneto

Me gusta ver la luna allá en el cielo
Sorprender de tu amor beso ardoroso,
Y de tu rostro en el cristal hermoso
Posar mis labios con ardiente anhelo.
Palpitante de amor, rasgar el velo
Que oculta tus encantos, pudoroso,
Y en abrazo frenético, furioso,
Nuestras almas unir en este suelo.
Me gusta que impelidos por la suerte,
Henchidos de ese amor con que me matas,
Crucemos por la vida hasta la muerte.
Sublime gusto que en tu amor retratas!
Pero más que besarte y que quererte
Me gusta... una tortilla de patatas.

A mi amiga Elisa

Estoy tan hecho a llorar
Y avezado ya al quebranto,
Que lo quiero tanto... tanto
Como pudiera al gozar.
Por eso, Elisa querida,
No esperes que al referir
El corazón su sentir,
Cuente el placer de la vida.
¿Cómo quieres, alma mía,
Que le cante yo al placer,
Si en una tumba el querer
Está, y mi fe y mi alegría?
¿No has visto mis ilusiones
Cual humos al deshacerse
De mi corazón perderse
Y dejarlo entre visiones?
Tú, también, niña, lloraste
Sobre tumba que guardaba
Una madre que te amaba,
Una madre que tú amaste.
¡Y sabes qué es amargura!
Y me dices, ¡ay!, Elisa,
Que en mis versos brote risa
Y olvide la desventura.
¿Sabe acaso el corazón
Fingir cosas al deseo?
¿Podré cantar, si no creo
Del mundo loca ficción?
Deja que alegres cantares
suenen en liras mejores,
Que el que vive con dolores
No canta más que pesares.
Y si al mundo causa enojos
Del corazón la poesía,
Romperé la lira mía
Y lloraré con los ojos.
Mas no me reproches, niña,
Porque adore el sentimiento,

Y que triste el pensamiento
En dulce pesar se tiña.
Que una lágrima es la vida
Vertida en copa de amor,
Y es ley eterna el dolor
De esta mísera partida.
¡Feliz quien puede llorar!
¡Feliz aquel que suspira!
¡Ay, ay de mí, si mi lira
Ronca volviera a callar!

Bien venida...
A...

Dulces, tiernas endechas
Trovas enamoradas
De amores perfumadas
Llegaron hasta mí.
Alegres golondrinas
Trinaban dulcemente,
Porque resplandeciente
Un sol brillaba aquí.
Y un pálido horizonte
De triste desventura
Cubrióse de ventura
De célico fulgor
Y allá una voz sonora
De vivida esperanza,
Repite en lontananza
Los ecos de su amor.
. . . . . .
Era una brisa amante
Que alegre saludaba
La aurora que asomaba
Bordada de zafir.
Porque son sus hechizos
Casta y bendita palma,
Donde se aduerme el alma
Soñando un porvenir.
Si alguna vez errante

El arte se perdiera
En ella renaciera
Porque ella es su ideal:
Porque es la flor purísima
Que en el desierto brota
Llena de esencia ignota
Y gala celestial.
Por eso no le extrañe
Si canto su belleza,
Su virtud, su pureza,
Su angélica bondad.

Envidia
A la Señorita A...

Hasta tu reja baja
La clara luna;
Y con sus rayos besa
Tu frente pura.
Una tras otra noche
Amando casta
Te baña y te envuelve (23)
Su luz de plata.
¡Ay! la envidia muy triste
Que entre sus hilos
De tu alma se evaporan
Dulces suspiros.
Hasta ti de los cielos
Venir acá
Amorosa a besarte
Puede mil veces.
Y yo no puedo nunca
Hasta ti llegar.

Ante la Virgen del Amor Hermoso

Lirios, nardos y azucenas
Mezclados entre la rosa
Ornaban la estancia hermosa

(23) Estos versos aparecen corregidos en el original con letra distinta.

De la Virgen del Amor.
Cernida luz traspasaba
Los mil pintados cristales,
Que en los claros ojivales
La teñían su color.
Todo era paz y ventura:
Mil ángeles murmuraban
Una canción que elevaban
Henchido de su consuelo.
Parecía un eco perdido
De una lejana armonía,
Una hermosa melodía
Que se tocaba en el cielo.
De Sión tiernos querubes
Se llevaban entre giros
Los amorosos suspiros
De aquella alegre canción.
Y en aquel dulce contento
Las almas puras, sencillas
Se inclinaban de rodillas
Murmurando una oración.
Entre ellas por vez primera
Ante la imagen de hinojos
Bebí en tus hermosos ojos
La luz de mi hermoso amor.
Hasta la imagen sagrada
Que en el altar se veía
Dulce y tierna sonreía
Las gracias de tu candor.
Humilde, bella y hermosa
Apuesta en triste capilla
Al través de tu mantilla
Tu angélico rostro vi.
Por mi amor yo te juzgué
Ángel de la gloria hermoso
Un querub que misterioso
Bajó del cielo hasta aquí.
De tus ojos algún rayo
Quiso llegar a mi frente,

Rayo que hirió de repente
Las fibras del corazón.
Nuestras almas por un lazo
De entonces viven unidas,
En un anhelo fundidas,
Henchidas de una ilusión.
Lazos que al pie del altar
Forman dos seres queridos
Nunca serán desprendidos
Mientras existan los dos.
Dos almas que siendo errantes
Se enseñaron ir al cielo
Juntos irán desde el suelo
A la presencia de Dios.
¡Tú, María, la excelsa Madre
De los célicos amores
Tú puedes sembrar de flores
El camino de la vida!
Tú eterno puedes hacer
El amor que allá en tu templo
Nació puro sin ejemplo
Al pie de tu ara querida.
Y volveremos, María,
Henchidos de dulce anhelo
A ese pórtico del cielo
Fieles en tu religión.
Y viviendo en la esperanza
De tus eternos amores
Te dejaremos las flores
Que brotan del corazón (24).

A un ramo de pensamientos

Llevad pensamientos míos
en vuestras pintadas alas
Algo que callan los labios
Y que está escrito en el alma.
Vuestras varias tintas llevan

(24) Se hace constar en el manuscrito que es imitación.

Del corazón sus reflejos:
Unas dirán alegrías
Y otras dolores acervos.
Que esperanza, envidia y duda
Tiene el amor en sus horas
Cual son varios los colores
Que matizan vuestras hojas.
Si el mundo os dio la hermosura (25)
Del pintado terciopelo,
Yo os doy la dicha envidiada
De morir sobre su pecho.

Tras la recopilación, y aún con el riesgo de emitir algunos juicios redundantes con los ya dichos sobre la etapa poética inicial del de Villacarrillo, es preciso dejar constancia, siquiera indicativa, de algunas consideraciones, entre las que hemos de recoger la advertible capacidad versificadora que poseyera desde el primer momento; prueba pueden ser las doce redondillas del poema inicial, el de mayor juventud, «A la muerte de mi madre», las que no albergan en su linealidad ninguna violencia e, incluso, en su trenante romanticismo periclitado, llegan a aportar algún hallazgo digno de ser reconocido: «¿Qué del sol la roja lumbre / sin el riel de tus ojos?». Estima que no podemos duplicar para su siguiente composición, la muy esproncedana «Serenata» –tardaría en desprenderse de las influencias del de Almendralejo–, donde los bloques de cuatrisílabos y octosílabos caen en faltas de medida –«La más hermosa», «levántate»– e, incluso, de rima; así, el primer serventesio carece de ella, cuando hubiera sido fácil de obtenerla, pongamos por caso: por eso van a tus rejas / dulces penas de cantor; tampoco, finalmente, faltará a tan sonora composición cierta violencia verbal que nos abre la sonrisa: «Porque hidrópicos los ojos / quieren, niña, contemplarte». Pero seamos justos y equilibrados y no olvidemos que estamos ante textos primerizos y meras tentativas escritas cuando Pastor no ha cumplido los veinte años; edad que no tendría cuando redacta su siguiente composición, que dedica al poeta Doncel y Ordaz, ya que éste fallecería en 1877. Por cierto, aquí, junto a evidentes rimas internas desafortunadas, existen evidentes muestras de talento: «Esa estela de luz, el pensamiento».

El siguiente texto nos depara una sorpresa. Pastor se acerca a la lírica de su tiempo y ensaya la balada, la que consideramos próxima a la de Selgas

(25) Los últimos cuatro versos están añadidos con letra distinta y a la que tenemos como del poeta.

o, más concretamente, a las arcádicas de Ruiz Aguilera. En ella nos sorprende que los ocho primeros versos sean decasílabos y los siguientes de arte mayor, recurso retórico de más que contradictorio interés; pero lo que ante todo nos interesa poner de manifiesto es que, desde aquí, se acercará a la lírica posbecqueriana, a veces confesada, como acontece en su inequívoca «Imitación a Bécquer», que publicara en *Jaén*, las «Rimas» que diera a luz el mismo periódico, el jugoso juego de endecasílabos y heptasílabos que es «En un álbum», o la más que envidiable alternancia de heptasílabos y pentasílabos que es la jugosísima «Envidia», de pulcro sabor popular.

Pero no será éste el camino que emprenda el poeta, quien no perderá la tradición clásica y, como nos ha sido dado apreciar, su formación acusadamente romántica. Pastor buscará la austeridad, el tono sobrio y lejano de todo tipo de declamaciones, así como las justas dimensiones del soneto para darnos, tanto en esta etapa primeriza que estudiamos como en la de su madurez, las mejores piezas. En nuestra recopilación, muy ocasional nos parece el que escribe para el álbum de Joaquina Gutiérrez, como el que le dedica «A una distinguida artista», aunque este último engarza un par de endecasílabos que bien pudiera haberlos firmado Miguel Hernández medio siglo después:

> «¡Cuánto tiempo ha pasado por mi pena
> sin que oiga de tu voz la melodía!».

Obviamente, no es éste el tono poético de toda la producción, correcta, casi siempre de intención moralizante –incluso en temas amorosos–, con alguna excepción en la que rebrinca la ironía de Palacio.

Para concluir, una apostilla personal. Uno se duele por el disfavor que pueda hacerle al poeta publicándole versos juveniles y que, tal vez, los tuviera justamente silenciados, como estos que dedica «A mi amiga Elisa»:

> «romperé la lira mía
> y lloraré con los ojos».

Mas si nos hemos decidido a ello no es por conocer que la lírica provincial –y la no provincial– está empedrada con ripios semejantes, sino, ante todo, por el afán de dar noticia de una etapa desconocida de quien se negara a figurar en la nómina de poetas de su época y, por contra, la historia de la literatura jaenera empecinóse con buen criterio en rescatar, recuperándolo para ella; gozosa responsabilidad que recae sobre Enrique Toral. En definitiva, si exhumamos estos poemas es por tenerlos, junto a los demás del autor, por exponentes gráficos de un momento cultural y literario jaenés.

Por cuanto concierne a la prosa de nuestro autor, poco conocemos de ella, aunque, al parecer, en su juventud de estudiante salmantino abordó el periodismo, colaborando, como viéramos, en *El Eco del Tormes*. Por cuanto concierne a la presencia de su pluma en la prensa jaenera, sólo hemos advertido un artículo, que firma en Villacarrillo, «El Carnaval», en donde se pronuncia favorablemente sobre el festejo y hace gala de cierta erudición. Poco más podemos enunciar sobre esta faceta de quien viniese, desde hace tiempo, ocupándose de trabajos jurídicos en su pueblo natal, salvo, tal vez, resaltar la estima que por entonces le profesaran los jóvenes redactores de «Jaén», quienes dieran este conciso y lacónico suelto: «ha estado en Jaén breves días nuestro distinguido colaborador D. Matías Pastor, a quien hemos tenido el gusto de saludar en nuestra redacción. Nuestro amigo salió para Villacarrillo el domingo último».

En otro orden de cosas, y es lo que nos ocupa esta parte final del artículo, debe hacerse constar que debió Pastor ser muy dado a recoger sus conceptos de índole moral, filosófica y, ante todo, amorosa, como bien lo ratifica el poema que de él transcribiéramos «A un ramo de pensamientos», y en el que sus últimos cuatro versos nos señalan, parecen ser que estaban destinados a la amada y los que le remitiera el poeta desde las riberas del Tormes. Estamos, por tanto, ante una parcela desconocida de nuestro autor y la que viene a ratificarlo como miembro del diecinueve; todo un hacer que ha sido olvidado por los estudiosos y cuyo rastreo nos parece imprescindible si de veras queremos conocer las ideas que primaban y se difundían en ese siglo de tantos repintes filosóficos.

Como ya lo anotásemos, los «Pensamientos» ocupan las páginas doscientas cuarenta a la doscientas cuarenta y siete, ambas inclusive, divididos en cinco bloques siempre titulados igual: «Pensamientos». Los reproducimos, advirtiendo que no nos consta que llegaran a publicarse:

Primero:

«Un beso es la encarnación de un cariño, o la tumba de un id.».

«Los recuerdos son rosas marchitas, que guardamos entre las hojas del libro de la vida».

«La mujer es la palabra más sublime del libro de la creación».

«No hay dolor más grande que el que se calla; penas más crueles que las que no se lloran».

«El mundo es la gigante lira que entona a Dios su canción».

«Jorge Sand dijo: "El amor es una felicidad". Yo digo que es una miscelánea en la que predomina el dolor».

«Si se odia el vicio, el odio será virtud».

«Si alguno predicara contra el amor, tendría que repetir con un músico griego: "¡Templos, escuchadme!"».

Segundo:

«¡Bendita sea la desgracia! Ella nos hace conocer la grandeza de la ventura».

«Los que no amais, no mofaros del que ama: aquella madre que vagó en torno de vuestros sueños juveniles, selló con un beso la palabra de amor en vuestra frente».

«El hombre siempre amante de lo bello, suele ridiculizar lo sublime».

«El triste anhela la noche: ella con sus oscuros tules oculta las alegrías».

«Ambicionamos el oro, y en él quizá encontráramos la torcida senda que nos separa de la verdadera dicha».

«La mejor fama es la que no hace ruido; es esa fama que tiene sus ecos en el cielo».

«El mayor placer es el silencio de la conciencia; él llena de armonías el alma y da paz al corazón».

«Un consejo puede salvarnos, y un consejo puede perdernos para siempre».

«Con palabras de modestia se da importancia el presumido».

Tercero:

«De una pasión violenta y sensual no esperéis paz no bienandanza».

«Los poetas son los cantores del dolor humano; si alguna vez ríen, es para descansar de su continuo llanto».

«El mundo de la patria, de las deidades tutelares, suele mantener viva la virtud de algunos hombres».

«El amor es la alianza misteriosa que une los cielos con la tierra».

«La fe, la esperanza y el entusiasmo dan vida al héroe, al poeta, al orador, al artista, al filósofo, a cuanto ostenta grandeza sobre la tierra».

«El amigo más infiel de la mujer presumida es el mismo que la corteja».

«Los recuerdos son las delicias del enamorado; el tiempo su pesadilla».

Cuarto:

«La caridad es ángel de ventura, que cobija al hombre con sus alas; el tierno lazo que une al hombre con el hombre; el iris del cielo».

«El que quiera a un amigo no debe repetírselo; las repeticiones serían causa de la duda».

«La muerte es un rayo que ofusca nuestra vista; es el beso de amor del nuevo día».

«El amor es el aura de la gloria; es la flor que perfuma con su aroma los abismos del alma; amemos y mundo de delicias será el horizonte de nuestra vida».

Quinto:

«La soledad tiene sus alegrías y tiene sus tristezas; para el alma que llora es la mansión del placer; para el alma que goza es la mansión del sufrir».

«La patria forma parte de la vida, hallarse fuera de ella es ver cubierto de luto el cielo de nuestros recuerdos».

«El amor es la idea ciega que se revuelve en lo bello».

No creo preciso entrar en mayores análisis sobre lo que se nos ofrece como correcto, equilibrado, sin artificios. Todo un pensar acorde, en suma, con la poética; aunque aquí, lógicamente, se manifiesta con el carácter de las máximas morales. Mas finalicemos con un excelente soneto de corte clásico de nuestro autor el que, en buena parte, desautoriza cuanto de él hemos dicho, a la vez que nos invita a un estudio en profundidad de su obra de madurez.

El olvido

Yo no envidio dejar con oro escrita
de hazaña alguna la eternal memoria;
quiero más el silencio de la Historia
que un nombre que por ella se repita.

Tiene el arrullo que al olvido incita
cantos de paz y de celeste gloria;

y esa, de eternidad, voz ilusoria
de la guerra es clarín que nos invita.

Olvido: como dios, aquí en mis lares,
encendido tendrás el sacro fuego
y el eco de mis tétricos cantares.

No alientan mi ambición glorias de luego,
pagadas de antemano con pesares;
reclamo, olvido, tu inmortal sosiego.